

---

---

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL INGENIERO AGRÓNOMO

DR. TOMÁS AMADEO

AL ASUMIR EL CARGO DE DECANO

Señor Presidente:

Señores Profesores:

Señores alumnos:

Señores:

Graves y solemnes son para el país los momentos en que debo hacerme cargo del Decanato de esta Facultad.

La industria ganadera se encuentra en necesaria e inevitable liquidación, debido en parte a las consecuencias de una especulación que no ha tenido diques y parte al pánico que acompaña a todas las crisis.

La agricultura de los grandes cultivos, a la cual han ocurrido todos como una salvación, está amenazada, igualmente, por peligros nada tranquilizadores. Todo justifica la predicción de un exceso de producción con la baja consiguiente de los precios.

Y la crisis general sería la consecuencia lógica de todos estos males, cuya visión parece una negra pesadilla.

En medio de la desorientación general, todos los salvadores recurren a la panacea de la protección adua-

nera, en la cual basan un florecimiento industrial que ha de salvar a la República.

El entusiasmo proteccionista asume caracteres considerables y muy dignos de atención.

Las industrias anteriormente protegidas piden aumento de los impuestos aduaneros u otras formas menos directas de ayuda oficial.

Por todas partes surgen industrias incipientes o se habla de industrias nonatas que quieren desarrollarse o nacer bajo la sombra protectora de algún privilegio y de las tarifas prohibitivas.

Desde la cátedra, el libro y el periódico se sostiene que el porvenir del país depende principalmente del desenvolvimiento industrial; y sociedades de protección a esos intereses forman columna cerrada detrás de sus voceros.

Los intereses industriales infiltran sutilmente su tendencia proteccionista en importantes ramas de la administración pública y, a veces, hasta en ciertas manifestaciones universitarias.

Apóstoles extranjeros dan más fuerza a la corriente, con sus lecciones magistrales.

Los que insinúan una duda o un descontento son considerados como supervivencia de la época del minué y de las pelucas empolvadas.

Con los fuertes impuestos aduaneros florecerán las industrias que ya existen, surgirán por todas partes otras industrias nuevas, los obreros ganarán mayores jornales, se verá con orgullo en la totalidad de los productos de consumo la etiqueta nacional y la bandera azul y blanca cobijará bajo sus pliegues gloriosos una nueva Jauja.

Por otra parte ¿no se han hecho proteccionistas los pueblos más importantes del mundo, inclusive la liberal Inglaterra?

¿Hemos de quedar atrasados no siguiendo tan autorizados ejemplos?

No importa que sea una verdad indiscutible que la

acentuación proteccionista de algunas naciones haya sido, antes, un elemento de preparación para la guerra y, después de la paz, una consecuencia de la guerra misma.

Se echa en olvido que los elevados salarios no compensarán al obrero el aumento artificiosamente provocado, del costo de la vida.

El fisco se complace de tan buen ambiente y espléndida oportunidad para crear recursos nuevos, y de los impuestos aduaneros se pasa al aumento de los impuestos internos; y las provincias y los municipios siguen por el mismo camino. La Constitución no es valla para que las provincias agreguen sus impuestos internos a los que cobra el Gobierno Nacional por los mismos artículos de consumo.

Las sociedades agrarias de la República, de tradición liberal por la misma índole de los intereses que defienden, lejos de protestar piden también protección u otras formas del intervencionismo gubernamental.

Han muerto ya todos los viejos liberales argentinos, pero su voz ha de levantarse para decir, desde ultratumba: "No hagáis de nuestro país, que antes era un oasis de libertad en el mundo, uno de tantos pueblos que, por razones que no le son comunes, sufren el mal de la esclavitud económica. No rarifiquéis el oxígeno de nuestras campañas, ávidas de la gleba extranjera, quitándole así uno de los mayores alicientes para la inmigración. Cuanto más aumentéis los gravámenes, más ruda será la labor y más inciertos sus resultados. ¿Es que nuestra tierra que antes era de promisión, se ha de convertir en tierra inhospitalaria e indeseable para el agricultor extranjero?"

Considero, señores, que mientras nuestro país no tenga por lo menos diez habitantes por kilómetro cuadrado, será extemporáneo todo cuanto tienda a ponerle en condiciones de país industrial.

Nuestras grandes industrias, nuestras industrias fundamentales, han sido, son y serán por mucho tiempo

todavía, la agricultura y la ganadería. Mientras ellas estén en crisis, todos los esfuerzos deben tender a salvarlas y no a crear industrias nuevas.

No es con sofismas como se tuerce el curso de las leyes naturales.

Dos factores fundamentales han salvado siempre al país de sus más tremendas crisis: la inmigración y las industrias agropecuarias.

Cada individuo que nace o que ingresa al país para trabajar en él, sobre todo si es agricultor, es una fuerza potencial que aumenta el capital productivo de la nación.

Por eso la solución de los problemas que se refieren a la buena inmigración y a la colonización organizada, son de primordial importancia y de desesperante urgencia.

Todo lo que tienda a encarecer y dificultar la vida, dentro del país y a aumentar el costo de producción de los productos agrícolas, conspira no solamente contra el juego eficaz de los factores antes nombrados sino también contra el porvenir de la República.

En lo que se refiere a las industrias agropecuarias argentinas, ellas habrán cambiado de régimen, con los ciclos históricos en que les ha tocado desenvolverse, pero no por esto han dejado de ser, hoy como ayer y como mañana, la primera causa de nuestro progreso y la esperanza más grande de nuestro porvenir económico. Sus crisis han sido siempre muy transitorias y ampliamente compensadas por extensos períodos de prosperidad.

Por eso, de todos los intereses que se pretende proteger, el más digno de protección es el del agricultor y el mejor medio de crearle un ambiente de facilidad de vida y libertad de acción y de comercio.

He hablado de industrias agropecuarias y entre ellas entiendo incluir una cantidad de industrias directamente derivadas de la producción de la materia prima y que pueden prosperar sin necesidad de un régimen de pro-

hibicionismo aduanero. Sin embargo, es necesario reconocer que los tiempos han cambiado y que el agricultor argentino de hoy debe ser diverso que el de antaño.

El valor venal y locativo de las tierras ha aumentado considerablemente y la vida se ha hecho más dura; por eso el labrador del Evangelio es un tipo de agricultor que debe relegarse a la leyenda.

Ya no es posible diluir el esfuerzo del trabajo y del escaso capital en superficies extensas. Antes, con escasa producción, él podía vivir y ahorrar. Hoy es preciso intensificar el esfuerzo y el capital en superficies menores, elevando los rendimientos medios. Cumpliendo ésto, se resistirá a los precios reducidos y se salvarán las crisis; no cumpliéndolo, se trabajará para el usurero y se labrará la propia miseria.

Además, no es posible ya seguir instintivamente el movimiento ciego de las masas, volcándose todos en un mismo sentido, del otro lado de la adversidad por ellas mismas creada.

Debe el agricultor moderno crear y desarrollar su personalidad libre, variando las formas de su producción que son muy numerosas, mejorando sus facultades profesionales, organizándose con sus cointeresados en asociaciones de previsión y de defensa.

En una escala más elevada, sobre el simple labrador está el agricultor industrial, el que elabora manteca, queso, caseína, vino, conservas, tabacos, aceites, tanino, fibras y tantos otros productos que, producidos con competencia y economía, salen de la eterna rutina de los cultivos únicos. Ellos son los portaestandartes del desarrollo industrial agrícola libre y salvador; pero, para que tengan éxito, necesitan poseer conocimientos especiales y una disciplina económica.

Para que todas éstas cosas se realicen, es necesario, indispensable, que el agricultor posea una inteligencia culta y una competencia educada.

De ahí la necesidad urgentísima de inundar la masa

agricultora con la saludable lluvia de la instrucción agraria que debe impartirse en ella, según los rangos, en condiciones adecuadas.

Nunca es más evidente que hoy la necesidad de una amplia difusión de la enseñanza agrícola. Si se hubieran gastado en ella, hacen veinte años, cien millones de pesos, hoy ahorraría mil la economía nacional; pero nos hemos ocupado solamente en criticar, demoler y demoralizar a los que se ocupaban de esa tarea patriótica y santa. La implantación de la educación agraria, digámoslo bien alto, incumbe a la nación, a las provincias, a las municipalidades y a los mismos agricultores que son los más interesados: En Prusia y en Sajonia, la enseñanza práctica de la agricultura está a cargo de las Cámaras de agricultura, que son asociaciones; y en Italia, las cátedras ambulantes de agricultura están sostenidas por los municipios y por sociedades agrícolas.

La enseñanza agrícola en la República Argentina debe estar basada en los antecedentes nacionales que, sinó existieran, hay que crearlos. La civilización de California resulta tan aplastante para el isleño del Paraná como para el chacarero de Chivilcoy. Debe nacer del conocimiento de nuestro ambiente, de la idiosincracia de nuestros paisanos, de las modalidades de nuestra economía. Los granjeros de Bélgica, de Baviera o de Pensilvania, solo pueden mostrarse a nuestros agricultores como ideales dignos pero lejanos, de la misma manera que se habla de los héroes y de los santos a los niños de nuestras escuelas.

De otra manera no seremos comprendidos y nuestros esfuerzos serán estériles.

Señores:

Grande y trascendental es la misión que corresponde a nuestra casa de estudios.

Otros órganos adecuados tienen la misión de la instrucción práctica y de la amplia difusión de la enseñanza extensiva; ellos constituyen los franco tiradores y

la artillería liviana en nuestra cruzada de progreso rural.

Para nosotros la gruesa artillería.

Debemos continuar creando la ciencia agronómica argentina, formando los maestros de las escuelas, los futuros agrónomos regionales, los directores de las industrias agrícolas, los abanderados y generales del progreso rural.

Esto se ha de hacer con la ciencia y por la ciencia, no desperdiciando tiempo ni esfuerzo en adquirir muchos conocimientos superficiales, sinó concentrando tiempo y esfuerzo en adquirir, con profundidad, los conocimientos fundamentales que os permitirá adaptarlos a cualquiera de vuestras exigencias futuras, sea en las regiones sub-tropicales del Norte o en las llanuras del centro o en los valles patagónicos. Debéis arar hondo en esta Casa para seguir el sano consejo del ilustre estadista y maestro que ha dejado recién la lucha de la vida, con la vista puesta en su patria.

Señores profesores:

Soy vuestro compañero y vuestro amigo. Obedeciendo a vuestro mandato, me coloco al frente de vosotros, íntimamente satisfecho de tan valiosa compañía.

Mi programa será seguir la tradición del maestro que me ha precedido, ayudaros y estimularos en vuestras tareas, forjar con vuestra colaboración el eslabón de progreso que ha de contribuir, según deseo y espero, a engrandecer y prestigiar aún más nuestra Casa de estudios.

Jóvenes alumnos:

Cuento con vuestro espíritu de estudio y disciplina.

Nunca he visto una Casa más tranquila que ésta y donde la consigna del estudio y el trabajo sea más severamente cumplida y respetada. Vuestro ejemplo desmiente la leyenda de la Universidad turbulenta y rebelde.

Al iniciar con vosotros mi tarea, os invito a adoptar como lema el texto de esta inscripción que ví grabada en el pórtico de una escuela alemana: “con respeto por el pasado, la vista siempre hacia el porvenir”.

Señor ingeniero Botto:

Al tomar posesión del cargo que hasta ahora habeis desempeñado, contraigo el deber de continuar vuestra obra e imitar vuestro ejemplo, dentro de las posibilidades de mis fuerzas más modestas.

Y no creo justo dejaros salir del Decanato sin expresar, en nombre de todos nosotros, profesores y alumnos, nuestro agradecimiento por la obra que habéis realizado con tanta sabiduría y entereza, como también con tanto sacrificio.